

Crónicas de guerra

(Al Manó, al Papa V., a Tón, a Aglae y a los otros compañeros de la tribu de las guerras ajenas)



Por Arturo PÉREZ-REVERTE

CHIPRE, 1974



UNA noche madrileña, de esas tórridas y sofocantes que ni siquiera un buen ventilador alivia, estábamos Chema Pérez Castro, subdirector de este periódico, y un servidor, vaciando una botella de «Johnnie Walker» a las tres de la madrugada, esperando que saliera la primera edición. Se encontraba ya el viejo amigo Walker por debajo de la línea de flotación cuando Chema tuvo una idea.

—Oye, Arturo. ¿Nunca has pensado en escribir un libro con tus nueve años de crónicas de guerra? Ahora publica libros todo el mundo.

Soy bastante perezoso, y por otra parte dudo que un libro dedicado a recopilar las mil cuatrocientas treinta y siete formas distintas en que la gente puede destriparse por esos mundos interesara a nadie. Pero resulta que acabo de llegar del Líbano, que estos días medio vacacioniles no tengo nada entre manos, y que algo hay que hacer para ganarse el sueldo que le pagan a uno. Así que resolví seguir, en parte, el consejo de mi jefe. No se trata de un libro, claro, pero consultando los viejos cuadernos bélicos he recuperado media docena de historias de esas que nunca se escriben porque la actualidad no deja tiempo para andarse con florituras. Y hoy, miren ustedes por dónde, voy a contarles la primera.



Los campos arden hasta el horizonte. Junto a los bordes calcinados de la carretera hay cadáveres, de hombres y animales, convertidos en deformes figuras carbonizadas. Una nube de humo negro flota entre el cielo y la tierra, suspendida sobre nuestras cabezas, y el sol que desciende a lo lejos funde su resplandor de sangre con el rojo de los incendios. En algunos cruces de la carretera de Nicosia a Dekhalia hay pequeños fortines, contruidos a toda prisa con sacos de arena y carretas volcadas, en los que algunos soldados grecochipriotas, pobremente armados, esperan la llegada de los turcos. En los ojos de esos hombres sólo puede leerse el miedo o una expresión vacía, de resignación. Cuando llegue el enemigo dispararán sus últimos cartuchos, morirán o serán capturados. Es triste el rostro de la derrota.

● El convoy, protegido por banderas británicas, se alarga casi un kilómetro por la carretera. Transporta refugiados europeos hacia el Sur, buscando la protección de las bases militares inglesas. Los turcos están muy cerca.

● En uno de los últimos camiones Emilio Polo, cámara de Televisión Española, mantiene la Arriflex pegada a la cara, filmando cada escena. A la salida de Nicosia, francotiradores turcos han

por toda Nicosia en llamas. Es mucha Aglae.

● Sentado sobre una maleta, Luis Pancorbo contempla los campos incendiados, masticando la boquilla de su inseparable pipa. Quizá está recordando la hora que pasamos juntos, ayer, cuando el radio anunció que los turcos preparaban un intenso bombardeo contra el hotel. Todo el mundo corrió al sótano, en busca de refugio. Luis me miró, rasándose pensativo las mejillas cubiertas por una barba de tres días.

—No me apetece morir ahí abajo aplastado como una rata. ¿Y a tí?

● Le dije que pensaba lo mismo. Nos colocamos junto a la escalera, al pie de una sólida columna. Pasamos un rato calculando espacios, impactos de bomba y derrumbes de paredes y nos sentamos en el suelo, fumando cigarrillo tras cigarrillo en el desierto vestibulo, conversando para disimular el miedo. Pasó una hora. Las bombas cayeron lejos. No sucedió absolutamente nada. Pero ni Luis ni yo olvidaremos nunca aquella hora, sentados hombro con hombro en la escalera del Ledra Palace.

● Desde un carro blindado unos soldados chipriotas levantan la mano haciendo con los dedos una «V» de la victoria en la que ni ellos mismos creen ya. De los campos reducidos a cenizas brota un calor insoportable que nos empapa de sudor. El humo se pega a nuestra piel, tiznándonos los rostros y el aire caliente nos golpea la cara como una bofetada.

● El convoy pasa a toda velocidad por un pueblo abandonado. En un cruce, una familia de fugitivos chipriotas intenta detener un vehículo, haciendo gestos desesperados. Se trata de un matrimonio todavía joven, con cuatro crios. El mayor no tendrá más de doce años. Cargan maletas y bultos conteniendo cuanto han podido salvar de su hogar destruido. La mujer sostiene en los brazos al más pequeño mientras dos niñas se agarran a su falda. El padre va cargado como una bestia, con un gran hatillo de ropas y enseres atado a la espalda. A su lado, el hijo mayor tiene a sus pies una maleta y agarra con la mano el enorme oso de peluche de una de sus hermanas.

● Hacen señales para que un vehículo los recoja, porque saben que los turcos están ahí mismo y somos su única posibilidad de escapar. Desde el camión podemos ver la angustia pintada en sus ojos y la desesperación que los embarga cuando los camiones, conducidos por soldados británicos, pasan de largo sin aminorar la velocidad.

● Emilio Polo saca medio cuerpo fuera del camión y filma la escena. Yo me quedo mirando el pequeño grupo familiar que se queda atrás perdido, indefenso en este paisaje de pesadilla, junto a las ruinas de su pueblo incendiado. Y un nudo se me forma en la garganta cuando el chiquillo del oso de peluche, un crio de doce años, se gira y escupe con odio, un odio recien descuberto, hacia el convoy que se aleja por la carretera.

Fotos del autor (Continuará)

EL CONVOY DE NICOSIA

■ "Aglae Masini se paseó sola por toda Nicosia en llamas. La dábamos por muerta, y apareció con una botella de whisky"

disparado contra nosotros. Nos hemos aplastado contra el suelo del camión, buscando protección bajo los equipajes, mientras las balas sonaban con chasquido metálico al estrellarse contra la chapa. Pero la principal preocupación de Emilio era que su Arriflex no recibiera ningún golpe.

● Pérez Pellón, Luis Pancorbo y yo compartimos el último cigarrillo mientras Enrique Gaspar, con sus cascos de sonido que le hacen parecer un marcialino, comprueba sus cintas con la grabación de la batalla del hotel Ledra Palace, en la que hemos estado envueltos durante tres días. Poco antes de partir, alguien nos ha dicho que acaban de matar a un compañero, Ted Stanford, en la carretera de Famagusta. También Glefkos, un periodista griego que conoció la misma mañana de la invasión turca, se encuentra ahora entre la vida y la muerte en un hospital de la ONU, con la espalda llena de metralla. Como cada guerra, también la de Chipre se cobra su tributo en compañeros.

● Me preocupa el paradero de Aglae Masini. La perdimos de vista anoche, durante el combate, y prácticamente la damos ya por muerta. Todavía no sabemos que la encontraremos mañana, sana y salva, en Dekhalia, con una botella de whisky y un cartón de cigarrillos bajo su único brazo, tras haberse paseado sola



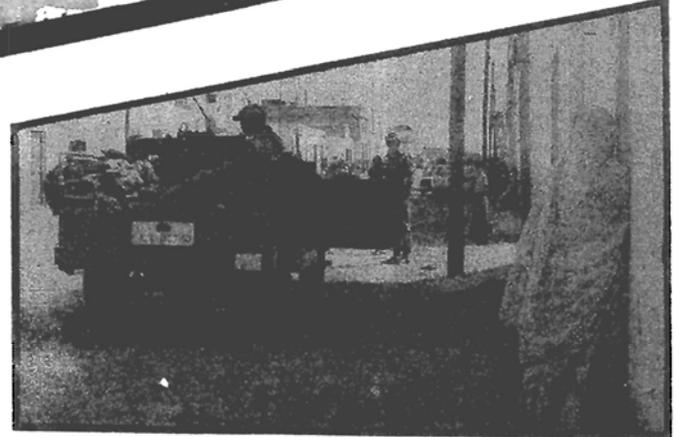
crónicas de guerra

(A) Manó, el Pope V., a Tolón, a Aglae y a los otros compañeros de la tribu de las guerras (jenas)



Por Arturo PEREZ-REVERTE

SAHARA 1975



EL AAIUN. Octubre de 1975

Una larga fila de Land Rover, cargados de legionarios, con equipo completo de combate, se despliega a lo largo de la carretera que lleva al aeropuerto y al mar. Uno de los civiles que, a mi lado, contempla el insólito espectáculo, repara en mis cámaras fotográficas.

—Usted es periodista... ¿Qué está pasando?

—Lo miro como si el tipo fuera imbécil. —Está clarísimo, amigo.

Sin esperar respuesta echo a correr hacia la casa de Laharitani, mi contacto con el Frente Polisario. Aporreo la puerta, hasta que ésta se abre sólo un palmo. El saharauí asoma prudentemente la nariz.

—¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? ¿Sabes lo que está ocurriendo ahí fuera?

—Claro que lo sé. España nos vende a Marruecos.

Cuando vuelvo a pasar por la avenida central son las cinco y cuarenta y cinco. Una columna interminable de carros blindados atraviesa el centro de la ciudad, destrozando asfalto y aceras con sus orugas metálicas. Unidades de Ingenieros descargan rollos de alambre de espino y comienzan a cercar con él los barrios nativos de El Aaiún.

nel López Huerta lloraba cuando nos ordenó entregar las armas. ¡Pobre teniente coronel!

—¿Qué harás ahora?

—Me voy con el Polisario. Debí haberlo hecho mucho antes.

—Buena suerte, Belali.

—Adiós, amigo.

En el bar de oficiales, los territoriales beben en silencio, el rostro mortalmente serio y la mirada perdida. El teniente coronel López Huerta me pasa un brazo sobre los hombros y sonríe con amargura.

—Hola, niño —dice sin alegría, con voz apagada—. Hoy me gustaría ser yo quien escribiera tu crónica... La orden nos llegó esta mañana: todos los nativos debían ser desarmados. Dimos aviso a todos los puestos de la frontera, para que se presentaran aquí y entregaran el material. Podían haber desertado con el equipo, pero ninguno lo hizo. Cumplieron órdenes hasta el final, como buenos soldados. Y mira, estaban reunidos en el patio, después de entregar las armas, cuando sonó la corneta para arriar bandera. Entonces uno de ellos, un alférez, se volvió hacia mí y dijo: «Es la última vez, mi teniente coronel. Con su permiso.» Y todos aquellos saharauis desarmados, expulsados de nuestro Ejército,

“Eramos buenos soldados”

“Los territoriales indígenas salen a la calle desarmados, sin comprender”

Encuentro a Pedro Mario Herrero, del diario «Ya», frente al Casino Militar.

—Hola, Arturo. ¿Qué tal te sientes pisando suelo marroquí?

Se lo expreso con la debida elocuencia y se echa a reír.

—A veces eres demasiado grático, niño. Ven, echemos un vistazo por ahí.

Nos vamos los dos al cuartel de la Policía Territorial, de cuyo bar de oficiales somos Pedro Mario y yo socios honorarios desde hace siete meses. Y al llegar a la puerta, nos quedamos de piedra.

Desarmados, desprovistos de sus cartucheras, con la cabeza baja y sin saber a dónde ir, los soldados territoriales indígenas salen a la calle, tras haberles sido requisadas sus armas y munición. En el rostro de cada uno de aquellos hombres puede leerse una amargura sin límites. Pasan ante nosotros sin decir una palabra, sin mirarnos a la cara, como si no nos conociesen. Y, sin embargo, durante meses hemos patrullado el desierto juntos. Para ellos, que han combatido fielmente por España y por el Sahara, dejándose la piel en la frontera, hoy es el día más triste de sus vidas. España les quita los fusiles, España les abandona...

El cabo Belali, con su mechón de pelo blanco en la cabeza, se detiene a mi lado.

—¿Por qué nos han hecho esto, Reverte? Eramos buenos soldados.

—No lo sé, Belali. La política...

—¿Sabes una cosa? El teniente coro-

se pusieron firmes en el patio, saludando a una bandera que ya no era la suya...

Maldita sea, López Huerta está llorando como un chiquillo. Y estoy a punto de hacer lo mismo. Pedro Mario y yo balbuceamos unas palabras confusas y escapamos de aquel velatorio.

Anochece. El sol se oculta en el desierto y la población europea se encierra en sus casas, mientras en la calle resuenan las botas de los soldados españoles. En cada esquina, las autoametralladoras y los blindados con lúgubres protagonistas de la ciudad en estado de sitio.

En los barrios musulmanes se escucha como un zumbido de abejas, mientras los militares del Polisario se reúnen clandestinamente y pasan misteriosas consignas. Grupos de ex policías territoriales nativos y de tropas nómadas salen con sigilo de la ciudad y se adentran en el desierto hacia el Este.

En nuestro 600 de alquiler, al que hemos pegado un rótulo con la palabra «periodistas» en castellano y en haassania, Pedro Mario y yo recorremos las calles muertas de El Aaiún. En cada esquina, entre sombras, sonido de armas y soldados con uniforme de combate. Con el dedo en el gatillo y el fusil en posición de fuego, los centinelas españoles se mueven como fantasmas en la noche que cae sobre el Sahara.

Fotos del autor (Continuará.)



Crónicas de guerra

(Al Manó, el Pepe V., a Tón, a Agine y a los otros compañeros de la tribu de los guerreros ajenos)



Por **Arturo PEREZ-REVERTE**

LIBANO, 1976



BEIRUT, agosto de 1976

—Asómate muy despacio, periodista. Levanto la cabeza tras el muro hasta la altura de los ojos. Sólo veo casas en ruinas y una calle cubierta de escombros.

—Si hay suerte, los mataré ahí —dice Bechara, como quien habla de fumar un cigarrillo.

El juego empieza a no gustarme un pelo. Le digo a mi interlocutor que es muy amable, pero que la calle está demasiado lejos para los objetivos de mis cámaras. Bechara parece decepcionado.

—Bueno, es igual —dice—. Después les pegaremos con el RPG. Eso hace mucho humo y quedará bien en las fotos.

Siendo así, no hay más que objetar. Coloco una Pentax sobre el parapeto, sacando la cabeza justo lo imprescindible para mirar por el visor. Calculo diámetro y velocidad y nos quedamos inmóviles durante quince minutos, acosados por enjambres de moscas. Bechara, paciente, con la ametralladora encaráda, está tan tranquilo como un deportista que aceche piezas de caza mayor.

—Ahí están.

El susurro hace que me sobresalte. Aguzo la vista, procurando averiguar lo que ocurre allá abajo, pero el falangista ya está disparando cortas ráfagas contra las lejanas figurillas que saltan en frente, a cincuenta o setenta metros, sobre los escombros. Los pulmones se me llenan de humo de pólvora quemada mientras tiro fotos al azar, sin estar muy seguro de cuál será el resultado. Los estampidos del fusil ametrallador me hacen temblar las manos. La mayor parte de estas fotos saldrán movidas, así que cambio la velocidad de obturación a 500.

La cinta de munición se ha terminado, y Bechara no está de buen humor.

—Se han metido en el bajo de aquella casa. Son tres o cuatro, pero no le he podido acertar a ninguno.

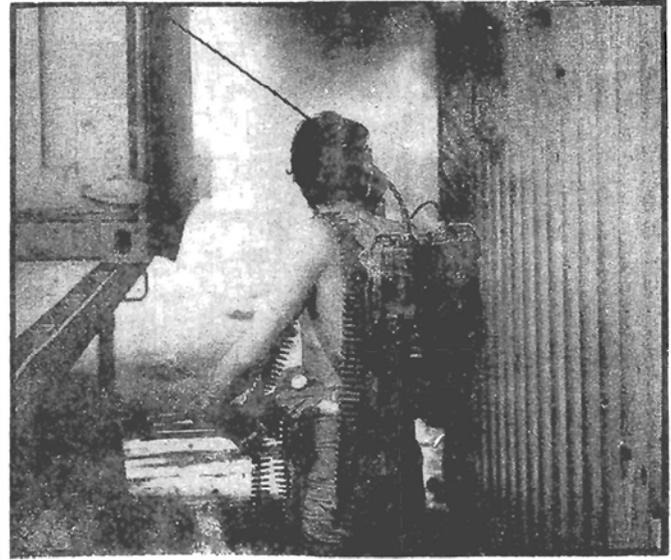
Un compañero le pasa el RPG-7, con el siniestro proyectil cónico en la boca. Bechara deja la ametralladora en el suelo, se pone el lanzagranadas sobre el hombro y apunta cuidadosamente.

—¡Atento a la foto! —me advierte mientras entorna un ojo y pone el dedo en el gatillo. Como en un sueño, abro la boca esperando el estampido, pongo el dedo sobre el disparador, el parapeto se estremece, el mundo se convierte en una nube de humo blanco y mis tímpanos están a punto de reventar. Y la maldita cámara me salta entre las manos y solo fotografía estúpidamente el cielo.

Me incorporo a medias sobre el parapeto y miro hacia abajo aterrado. La calle está cubierta por una gran humareda de polvo, de la que brota un grito largo y desgarrado. Es un alarido que vibra en el aire, interminable y agudo, durante casi veinte segundos. Y después se apaga bruscamente.

Fotos autor

(Continuará)



HACE casi dos horas que nuestro pequeño grupo sorteamos escombros, penetra en los edificios a través de boquetes en las paredes, sube escaleras interminables y se detiene junto a los destrozados marcos de las ventanas para mostrarme las posiciones palestino-progresistas, a sólo veinte metros de distancia. El jefe de la patrulla falangista —seis hombres armados, hasta los dientes— se llama Bechara. Tiene treinta y cinco años y una nariz de halcón en un rostro endurecido por la guerra. Estamos en el barrio de Ain Remmaneh, en la línea de frente que divide Beirut en dos sectores.

Los edificios se encuentran acribillados por la metralla, ennegrecidos por los incendios. Muebles y enseres destrozados cubren las calles, revueltos con los escombros. Por todas partes hay sacos terrosos, casquillos vacíos de bala y ese olor a descomposición que caracteriza a las ciudades en guerra.

Bechara roza con los dedos el amuleto que lleva atado al brazo. Es una bolsita que contiene una minúscula astilla «de la Santa Cruz», de venta en

El francotirador

■ «Mataré a unos cuantos para que usted los fotografíe»



ciudad a diez dólares reliquia. Si se uniesen todas las astillas de la cruz de Cristo que los falangistas libaneses llevan en los brazos, podrían ponerse cruces sobre las tumbas de todos los muertos en esta guerra.

Sentados en el rellano de una escalera, Bechara me explica su proyecto:

—Vamos a subir a esta terraza. Los palestinos cruzan las calles de enfrente a menudo. Mataré a unos cuantos para que los fotografíe.

Ya sé que no se deben confundir las criaturas de Dios con patos salvajes, pero, que Dios me perdone, estoy aquí para escribir y fotografiar esta guerra. Con toda clase de precauciones reanudamos la ascensión. Uno de los milicianos lleva un lanzagranadas RPG-7, una especie de «bazooka» soviético. Ignoro la magnitud de lo que Bechara tiene en la cabeza, pero estoy seguro de que hará mucho ruido.

Es media tarde, y sobre la terraza cae un sol de justicia. Procurando no hacernos ver, nos arrastramos hasta el pequeño parapeto, un muro de ladrillo de metro y media de altura.

—No asomes todavía la cabeza —me dice el jefe falangista—. En los edificios de enfrente están los palestinos.

Mi curiosidad se disipa automáticamente. Preparo mis cámaras al pie del parapeto, mientras Bechara coloca el fusil ametrallador en posición de tiro.



crónicas de guerra

(Al Manú, al Pope V., a Tolón, a Agne y a los otros compañeros de la tribu de los guerreros ajenos)



Por
**Arturo
PEREZ-
REVERTE**

**ERITREA,
1977**



■ **“De vez en cuando me detengo para fotografiar cuerpos retorcidos en extrañas posturas”**



TESSENEI, abril 1977

El avión etíope describe lentamente un arco en el cielo y desciende en vuelo rasante sobre la colina, ametrallando las concentraciones de guerrilleros en torno a la ciudad de Tessenei. Tumbados entre las rocas, los eritreos disparan inútilmente sus armas ligeras contra el F-5. Durante toda la mañana de este Martes Santo, los cazabombarderos se turnan en el cielo, en un intento desesperado por entorpecer la consolidación por el Frente de Liberación de Eritrea de sus posiciones en la ciudad.

En el hospital de sangre, situado junto a los cobertizos de la plantación de plátanos, los heridos levantan la vista y observan entre las ramas de los árboles cómo los aviones pican una y otra vez sobre la ciudad. De espaldas sobre esteras de cuerda trenzada o sobre la arena, los guerrilleros tienen un aspecto lastimoso, con sus apósitos sucios y sus vendajes con manchas ocreas de sangre coagulada. Mientras camino entre ellos siento una violenta sensación de tristeza y malestar. Impresiona mucho más el espectáculo de un hospital de campaña que una calle cubierta de cadáveres. Las

posa en su vientre destrozado. Y Kibreab. Y Teclé. Y Bandeu. Y Weldemicael...

Me alejo del hospital, apretando contra el pecho la bolsa con mis cámaras fotográficas. Los aviones etíopes se han alejado, y el viento trae de la ciudad incendiada densas nubes de humo negro. Entre los arbustos, el mortero de 120 sigue disparando contra los últimos refugios etíopes. Por el sendero que bordea la plantación me cruzo con un grupo de heridos que se dirigen por sus propios medios al hospital. Son casi una docena y avanzan en fila india. Hay tres que marchan apoyando las manos en la espalda de sus compañeros. Llevan los ojos vendados y tropiezan torpemente con las piedras del camino. Sus rostros, habitualmente morenos, tienen el color sucio y gris de la ceniza.

Subo lentamente la colina para hacer fotografías de los incendios. Durante todo el día de ayer se combatió aquí con extrema dureza. Las oquedades del terreno y todas las pequeñas grutas están llenas de cadáveres, el hedor es insuperable... De vez en cuando me detengo para fotografiar cuerpos retorcidos en extrañas posturas. Los fueron cazando uno a uno, en sus precarios refugios, tirando granadas dentro de las grutas. La mayor parte son etíopes, los reconozco por sus uniformes de fabricación norteamericana. También hay algunos eritreos, con su pantalón corto y sus sandalias de goma.

Soy el único ser vivo de la colina, y eso me llena de una extraña soledad. Cuando me inclino para fotografiar el rostro cubierto de tierra de un soldado que yace bajo una roca, siento una indefinible sensación de angustia y me anudo un pañuelo en torno a la boca para atenuar el terrible olor que me rodea por todas partes. De pronto, miro a mi alrededor y sólo veo cadáveres entre las rocas y los arbustos. Deben ser veinte, o treinta, que sé yo. Ya no tengo calor. Por el contrario, un frío glacial se está adueñando de mis miembros. Miro el sol poniente y pienso que daría cualquier cosa, incluso mis rollos fotográficos, por escuchar en este momento una voz humana. Los muertos siguen ahí, muy quietos, y se me erizan los pelos de la nuca cuando comprendo que estoy, absolutamente solo, caminando por un inmenso cementerio. El miedo me acosa de golpe y, por Dios, que nunca lo había sentido de esta forma. No se trata ya del miedo a «mi muerte, sino del miedo a los muertos, del horror inmenso ante esos cuerpos quietos que me rodean, que me miran sin ver con los ojos medio abiertos, y cuya paz estoy turbando con mi presencia...

Y apretando los dientes para no gritar de angustia y despertarlos, echo a correr ladera abajo, tropezando con las piedras y los arbustos, sin volver la cabeza ni una sola vez, sin detenerme hasta que dejo atrás la colina y regreso de nuevo al mundo de los vivos.

(Continuará)

Fotos del autor

LA COLINA DE TESSENEI

■ **“Impresiona más un hospital que una calle llena de cadáveres”**

heridas en la carne muerta son estáticas, y al cabo de poco tiempo no sangran. Fero en la carne viva, mientras los miembros se agitan y el rostro se encuentra conatido por el dolor, los desgarrones producidos por las balas y la metralla, las llagas palpitantes apenas cubiertas por vendajes de fortuna, las quemaduras de napalm, ofrecen a tus ojos un cuadro de pesadilla, mientras te esfuerzas en no escuchar los gemidos que el dolor arranca a las figuras que yacen en el suelo.

Entre los heridos en este segundo día de batalla hay muchos conocidos de la víspera. Y debes hacer un esfuerzo para admitir que se trata de los mismos hombres, que estos despojos humanos cegados por las llamas, con muñones sangrantes envueltos en sucios jirones de sus propias camisas, son aquellos compañeros con los que has compartido durante veinte días las tortas de harina, las hogueras al anochecer, el agua turbia de los pozos del desierto.

Otros ni siquiera están aquí. Se han quedado en la colina, en el puente, en el «uad», en las calles de Tessenei. Carne que se pudre al sol. Hasta Nagash, el pequeño Nagash, el guerrillero de dieciséis años que corría ayer bajo las balas para ir a llenar de agua mi cantimplora, está ahora en un estrecho callejón junto a la plaza del Banco, con la espalda apoyada contra la pared y los ojos cubiertos de polvo, mientras un enjambre de moscas extra y sale por su boca abierta y se



Crónicas de guerra

(Al Manó, el Pope V., a Tolón, a Agüe y a los otros compañeros de la tribu de los guerreros ajenos)



Por **Arturo PEREZ-REVERTE**

NICARAGUA, 1979



—Vamos a darles pólvora a esos hijueputas.

El teniente Escobar entorna los ojos y se rasca el pecho bajo la guerrera de camuflaje, empapada en sudor. Los «rangers» rodean silenciosamente el pueblo. Se trata de una operación de búsqueda y destrucción, una «limpieza» de guerrilleros sandinistas, de «subversivos», como se les llama aquí. Somoza, el dictador nicaragüense, va a caer dentro de pocas semanas, pero sus soldados no lo saben. Y cumplen su trabajo con implacable método.

Dos estampidos, y una casa de madera se pone a arder. Las pavesas flotan en el aire caliente y se pierden sobre los tejados. Un silencio. Nadie dispara, ni desde aquí ni desde el pueblo, y empiezo a preguntarme si hay realmente guerrilleros o esto no es más que un espectáculo que el capitán de la compañía de «rangers» ha montado en mi honor.

Otro estampido. Arde una segunda casa y seguimos sin escuchar un tiro. Miro al teniente Escobar, pero su rostro parece impenetrable bajo el arrugado sombrero de jungla mimetizado.

Un tercer estampido. Esta vez la casa no arde, sino que salta en astillas entre una gran pólvareda. Y ahora, si se es-

Le hago la foto de rigor, me trago los comprimidos y sigo mi camino. Escobar había por el radiotransmisor y está radiante.

—Siete subversivos muertos —me dice, satisfecho—. Tres aquí y otros cuatro en el Paso de la Yegua. ¿Ha hecho buenas fotos?

Le digo que sí, que no se preocupe, que las fotos son divinas. La verdad es que no sé para qué diablos sigo fotografiando muertos en Nicaragua. Todos los cadáveres se parecen una barbaridad unos a otros, y ya tengo suficientes. Siempre son idénticos, a un que pertenecan a distintos países y hayan muerto en distintas guerras. Y es que, además de siniestra y trágica, la muerte es monótona. Tiene poca imaginación.

El teniente me lleva en su «jeep» hasta el Paso de la Yegua. No quiere que me pierda ningún detalle del «show». Al fin y al cabo, como me dijo hace un par de días, aquí también se está defendiendo a Occidente.

Los sandinistas muertos están alineados bajo un árbol. Son cuatro, todos muy jóvenes, y uno de ellos es una mujer. Lleva botas de lona, un destrozado pantalón caquí... la camisa está empapada de sangre, desgarrada sobre el pecho desnudo, hecha jirones por la onda expansiva de una explosión. El cuerpo está lleno de pequeñas manchitas rojo parduzcas, los impactos de metralla que le salpicaron el cuerpo. Quizá fuera bonita antes, pero ahora resulta imposible saberlo. Debí caer boca abajo antes de que la arrastraran hasta aquí, porque el rostro está cubierto de una costra de sangre coagulada. Maquinamente pego el ojo al visor de la Pentax y enfoco el cuerpo, pero Escobar me agarra del brazo.

—A la muchacha, no —ordena en voz baja—. Van a pensar por ahí que nos dedicamos a matar mujeres.

Me le quedo mirando de hito en hito y estoy a punto de echarme a reír en sus narices. Estoy un poco demasiado harto de Nicaragua.

—Pues ésta no parece haberse muerto sola...

Escobar me observa fijamente, pero en lugar de ponerse furioso por el comentario parece entristecerse.

—Usted no comprende —dice tras unos segundos de silencio—. Esta muchacha ha muerto porque estaba donde no debía, en compañía de quien no debía, llevando en la mano un fusil que nunca debió llevar. Pero nosotros no hacemos la guerra contra las mujeres, sino contra los subversivos, contra los comunistas. Esta mujer no debería estar aquí. Esto no es la guerra que usted debe fotografiar. Esto es un accidente.

Grupos de soldados se acercan a echar un vistazo al cadáver de la chica. Uno de ellos hace un comentario grosero y el teniente, con los ojos echando llamas le ordena callar. Después me da la espalda, coze una lona del «jeep» y se arrodilla junto a la guerrillera muerta, cubriéndole el pecho desnudo.

—Esto es un accidente —repite, mirándome sombrío—. Un accidente.

Y en sus ojos hay una súplica para que lo crea.

Fotos del autor (Continuara.)

EL PASO DE LA YEGUA

◆ «Quizá la guerrillera fuera bonita antes. Ahora resulta imposible saberlo»

cucha claramente el sonido de armas automáticas al otro lado del pueblo, hacia un lugar llamado Paso de la Yegua. Escobar me mira y sonrío.

—Los subversivos querían largarse. ¿Oyó? Pero también los esperábamos del otro lado.

Ahora los soldados somocistas avanzan desplegados, cubriéndose tras los árboles y las primeras casas, y el fragor del tiroteo crece por todas partes. Un «ranger» pasa junto a mí con el fusil colgado a la espalda, restañándose con una venda una herida superficial en el brazo izquierdo, un rebote de bala.

El combate apenas dura quince minutos, y los tiros se hacen más espaciados, hasta que sólo algún disparo aislado o una ráfaga rompen el silencio. Avanzo con los soldados por las calles del pueblito, de casas bajas y aspecto misero. No me encuentro muy bien, pues hace una semana que tengo fiebre alta y unos cólicos de sangre violentos y dolorosos que no cesan aunque como las pestillas de Tanage de tres en tres. Me apoyo en una pared a tragar los comprimidos con un trago de agua de mi cantimplora, y entonces veo un sandinista muerto. Está a sólo dos metros de mí al otro lado de una reja de madera, en la estrecha veranda de la casa. Está rodeado de casquillos vacíos, a su lado hay un viejo fusil norteamericano y tiene el rostro y el cuerpo cubiertos de polvo y fragmentos de piedra arrojados por la granada que lo mató. La herida mortal está en el vientre, a la pared, a su lado, salpicada de sangre.



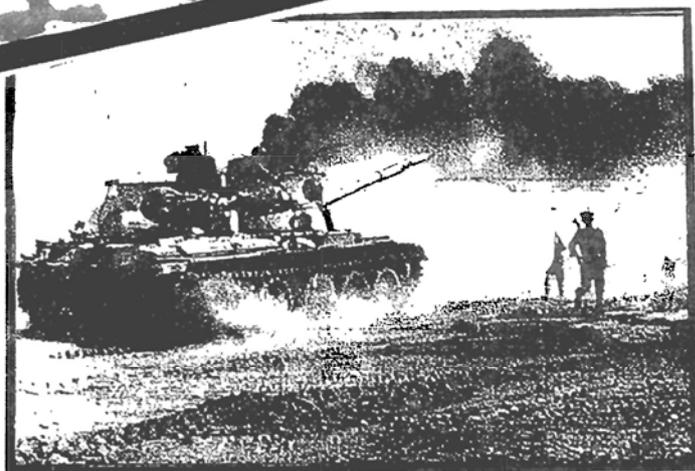
Crónicas de guerra Y 6

(A) Manu, el Pepe y, a Lola, a los otros compañeros de la tribu de los guerreros ajenos)



Por Arturo PEREZ-REVERTE

IRAQ, 1980



WWW.ICORSO.COM



—Iraqi Airways anuncia que su vuelo cuatrocientos ochenta y nueve, con destino a Bagdad, queda cancelado...—

Pepe Colchero es moreno, bajito, con aire tímido y desamparado, pero, tras esa candorosa apariencia, se esconde uno de los más sagaces y peligrosos miembros de la «tribu» de los enviados especiales. Trabaja para la Editorial Católica, pero eso no le impide ponerse a jurar en arameo en la sala de espera del aeropuerto de Barajas. Lola Infante, Emilio García Merás y un servidor le hacemos coro. Si el aeropuerto de Bagdad está cerrado, nos vamos a perder la guerra que los iraquíes acaban de empezar contra Jomeini. Eso supone el desprestigio, la ruina, la bronca de nuestros directores y el pésame guasón de los colegas.

Hay que llegar como sea. A media tarde, hay un vuelo de Atenas a Kuwait. Hasta Atenas, con Iberia, no hay problemas, pero todas las malditas plazas del avión de las líneas aéreas kuwaitíes están ocupadas. Asaltamos literalmente la oficina del delegado de Kuwait. Lloramos, pateamos, nos tiramos literalmente al barro bajo sus pies, le recordamos los tradicionales lazos de amistad hispano-árabes... Finalmente, todavía no sé muy bien cómo, salimos de

zando el desierto, en un viaje agotador que durará quince cochinas horas. El palestino, que ha hecho dos veces el mismo viaje en tres días, va que se cae de sueño. Así que le sentamos al lado a Lola, que habla árabe, para que le dé conversación e impida que se duerma.

El conductor da cabezadas y el taxi hace unos queiebros en la carretera que nos lleva con el alma en vilo. La Lola se queja de que, en los escasos momentos en que va despierto, el chófer intenta meterle mano. Le respondemos que, objetivamente, eso es siempre mejor que permitir que el maldito se duerma y nos estrelle a todos en cualquier curva. Lola protesta, insinúa que a lo mejor el chófer prefiriere meternos mano a nosotros, pero al final termina aguantando firme, enternecedor ejemplo de compañerismo, consciente de su vital misión. De pronto, al amanecer, el palestino para el coche y dice casi llorando que ya no puede más, que le dejemos dormir un rato, por piedad. Suplicamos, amenazamos, sacamos más dólares, pero el condenado no puede ni con su alma y se queda torrado como una marmota. Entonces me pongo a dar alaridos e intento agarrarle por el cuello... con intenciones particularmente aviesas. Lola le explica en árabe que estamos decididos a todo, con tal de llegar pronto a Bagdad, y que somos capaces de quitarle el coche y seguir solos el camino. Aterrado, el pobre hombre coge otra vez el volante y reemprendemos la marcha. Emilio duerme, Pepe escucha su radio Sony ICF y Lola y el que suscribe nos pasamos tres horas cantando y haciendo palmas junto a la oreja del conductor, para mantenerle despierto. Así, cocidos de calor, muertos de sed, cayéndonos de sueño, sucios, sin afeitar, saliendo de la carretera cada diez kilómetros y vivos de milagro, llegamos a Bagdad.

LA RUTA DE BAGDAD

● “Lola se queja de que el chófer intenta meterle mano. Respondemos que eso es mejor que dejar que se duerma y nos estrelle en una curva”

allí con los pasajes en el bolsillo. Madrid-Atenas, sin pegas, con un par de whiskis a bordo para preparar el cuerpo. Cambio de avión en Atenas, con tiempo para seguir preparando el cuerpo en el bar de la sala de tránsito, mientras especulamos sobre lo que estará pasando allá abajo. Al parecer, los iraquíes les están dando estopa a los chicos de Jomeini.

Arribamos a Kuwait a la una de la madrugada, hechos unos zorros. La Lola le cae gorda a la chica del mostrador de inmigración, y la fátima en cuestión se niega a darnos visado de entrada para que podamos pasar la noche en un hotel. Así que nos tumbamos en donde podemos, hechos polvo y sin pegar ojo. Por la mañana cazamos un avión que va a Amman, en Jordania. Eso está a varios miles de kilómetros de Bagdad.

Cuando llegamos a Amman tenemos ya veinticuatro horas de viaje sobre las espaldas. Aterrizamos y salimos como flechas hacia las oficinas del telex, desde las que enviamos nuestras primeras impresiones —fechadas en Bagdad— sobre el conflicto, al que todavía no hemos llegado. No tenemos ni idea de lo que está pasando, pero para algo somos profesionales. Nos lo imaginamos.

Después hacemos una breve pausa para comer algo, porque estamos muertos de hambre, y para cuidar un poco a Lola, que tiene un cólico que se va de varetta. Visitamos la Embajada de Iraq, nos enteramos un poco de que va la cosa y salimos al anochecer en un taxi, conducido por un chófer palestino. Viajamos amontonados en el coche, cru-

Hace exactamente cuarenta y ocho horas que salimos de Madrid cuando bajamos del taxi frente al hotel Mansur, en pleno centro urbano. Y, como si nos hubiesen estado esperando, en ese preciso momento aparecen los Phantom iraníes, bombardeando la ciudad. Pasan bajo, casi rozando los techos de los edificios, y los cuatro nos quedamos mirándolos, con la boca abierta, en la misma puerta del hotel. Y los malditos pasan tan, tan bajo, que un soldado iraquí que se encuentra en una terraza frente a nosotros decide probar a acertarle a uno con un lanzagranadas RPG. Naturalmente, falla el tiro. Y el proyectil, que no fue concebido para esos menesteres, describe un arco y estalla en el pequeño estanque que hay frente a la entrada del hotel Mansur, justo delante de nuestras narices. Cuatro metros más acá y nos hubiera convertido a los cuatro en filetes.

Nos precipitamos hacia el interior, con el pánico de rigor, y dedicando elocuentes epitetos a la señora madre del artillero iraquí. En el telex del hotel, convartido en centro de Prensa, me espera un mensaje de mi redactor jefe:

A tu primera crónica le faltaba fuerza, color. Te hemos mandado allí para que informes, no para que estés de vacaciones.

Y me falta el canto de un duro para echarme a llorar.

